

---

---

## CAPÍTULO VII

### EL DELITO, EL CLIMA Y LA ALIMENTACIÓN

---

Al espiritualista, que desprecia el lado físico del hombre, parécete humillante para el rey del universo, hecho á imagen de Dios, que sufra la influencia de la temperatura, del clima, de los alimentos, «de esta tierra que huella con sus pies.» Según él, no debe creerse en la influencia de los climas sobre el hombre físico, y mucho menos sobre el hombre moral. (De Bonald, *Teoría del poder*, pág. 460). Cayendo en una exageración en sentido opuesto, el naturalista, que no ve en la naturaleza humana sino la parte animal y olvida el lado moral, concede á las circunstancias físicas una influencia preponderante, decisiva; desde algunos años acá, esta es la teoría que le domina. Historiadores, críticos, criminalistas distinguidos todo lo explican, instituciones, religiones, literaturas, moralidad, criminalidad, por el clima, la raza, el aire, la alimentación, y el medio en que se vive. Los escritores que ponen de relieve el poder de todas estas influencias físicas, no se apartan de la verdad, pues hay mucho de cierto en cuanto exponen; pero, ¿no hay también mucho de exagerado? ¿no cometen el error de olvidar que aquellas influencias no se ejercen sobre una máquina, sobre un ser pasivo, incapaz de obrar contra ellas? ¿No ha faltado á estos escritores cierto sentido práctico, ya que asimilan el vicio y la virtud á los productos del suelo, y del clima, como si el hombre fuese una planta? Tal es la cuestión, vieja ya, pero siempre nueva, que voy á examinar rápidamente.

Esta cuestión, objeto constante de las preocupaciones de los escritores modernos, no pasó desapercibida á la penetración de los antiguos. «En Atenas, dice Cicerón, el aire es fuerte, y esto es lo que da tanto ánimo á los Atenienses: en Tebas, es denso, y por esto los Tebanos son robustos y pesados.» (*Del Destino*, párr. 4.) Galeno había observado, «los cambios que sufren los animales según las diversas regiones.» (T. I, pág. 104, traducción Daremberg.) Hipócrates escribió en un tratado, de *Los aires, las aguas y los lugares*: «Generalmente encontramos que la forma del cuerpo y las disposiciones del espíritu, guardan relación con la naturaleza del país en que se vive.» (Tomo II, pág. 91, trad. de Littré.) El célebre médico griego, había encontrado ya una diferencia notable de carácter entre el hombre de la montaña y el del llano, pareciéndole el primero más fuerte y más resistente para el trabajo. Polibio refiere, que la vida dura y laboriosa de los montañeses de la Arcadia, y el aire frío que respiraban, producía en ellos un carácter triste y áspero, y que el legislador, para suavizar estos rasgos salvajes, hizo para ellos obligatorio el estudio de la música. Los niños lo recibían puede decirse con la leche que mamaban. (Lib. IV, cap. v.) «Nuestras inclinaciones, añade, por lo común, están en armonía con el aire que respiramos: por esto, se observan en naciones muy diferentes y lejanas la una de la otra, una gran variedad no sólo de costumbres, de semblantes y de colores, sino también de inclinaciones.» Estaba tan convencido del poder del aire sobre la naturaleza, y de la música sobre el carácter, que atribuye la crueldad y la impiedad de los Cyneteos, Arcadios también, á su desprecio por la música, que «sólo es útil á los demás hombres, pero absolutamente necesaria á los Arcadios.» Encuéntrase en Platón, diversos pasajes, según los cuales la acción de la temperatura, de las aguas y de los vientos, está indicada no sólo respecto al cuerpo, sino también sobre el carácter y las disposiciones del alma: así por ejemplo en *Timéo*, Critias refiere que para la fundación de Atenas, Ateneo escogió un país en el cual, «la excelencia de la temperatura en las estaciones produjese hombres adecuados para la sabiduría.» «Todos los lugares, dice Platón, no son igualmente adecuados para hacer á los hombres mejores ó peores: aquí los hombres son de un carácter animoso y arrebatado, por efecto de los vientos (1) de toda clase, y de los ex-

(1) Los vientos y en particular los del Mediodía, si no producen la lo-

cesivos calores que reinan en el país en que habitan; en otros, los mismos efectos, provienen de la abundancia de las aguas.» (*Las leyes*, libro V.)

Entre los modernos, Montaigne, Bodin, el viajero Chardin y el abate Du Bos, mucho antes que Montesquieu, habían ya expuesto con cierta viveza, la influencia del medio en que se vive (1). «La forma de nuestro ser, dice Montaigne, depende del aire, del clima y del suelo en que nacemos: no sólo nuestro ser, sino el color, la estatura, la complexión y el carácter, sino más aun, las facultades del alma.» (Lib. II, cap. XII.) Nadie creería que fuesen de M. Taine las siguientes frases: «el aire y los alimentos forman á la larga, el cuerpo: el clima, su temperatura y sus contrastes producen las sensaciones ordinarias y al fin, la sensibilidad definitiva: ahí está todo comprendido, espíritu y cuerpo, de tal suerte que el ambiente y el lugar ó el país imprimen su sello en el hombre.» En cuanto á Bodin, todo el libro quinto de *La República* está destinado al examen de la influencia del medio, del carácter, las costumbres, y aun las diversas formas de gobierno.

La influencia del clima en el temperamento y por consiguiente, en el carácter, no necesita demostración, después de tanto como ha sido discutida. ¿Quién soñaría siquiera en negar que la vivacidad de los provenzales es debida al sol y al mistral, y que el carácter frío de los ingleses es hijo del clima nebuloso en que viven?

No es menos indudable la acción del clima sobre las facultades intelectuales: demuéstrase desde luego en las obras literarias de los distintos pueblos. La imaginación, la sensibilidad de los pueblos del Mediodía, no son iguales á las de las nacio-

---

cura, al menos pueden acentuar las predisposiciones á las enfermedades nerviosas. Los médicos han observado que aquellos vientos, producen una mayor agitación en los dementes. (Foville, art. *Locura*. *Diccionario de medicina de Jaccoud*.)

(1) El abate Du Bos cita una curiosa confidencia que el canciller Chiverni hizo al historiador Thou, sobre el cambio que el frío producía en el ánimo de Enrique III. El canciller me anunció, pocos días antes que fuesen asesinados los señores de Guisa, que si el duque de Guisa, continuase molestando al rey, durante el tiempo que hacía, el Príncipe, sin forma alguna de proceso, le haría encerrar dentro de cuatro paredes. El ánimo del Rey, añade, se irrita fácilmente durante una helada: esta temperatura le pone furioso. (*Reflexiones críticas sobre la poesía y la pintura*, t. II, p. 242.)

nes del Norte: la música, la pintura, la poesía, la elocuencia de los italianos, no se parecen á la música, la pintura, la poesía y la elocuencia de los ingleses y los alemanes. Hay que observar también que la acción del clima cálido, hace difícil el trabajo y enerva la voluntad, y por consiguiente, los hombres de acción son más bien del Norte, como los hombres de imaginación pertenecen al Mediodía: y sin embargo, en este punto, ¡cuántas excepciones á la regla! ¿Los Griegos, los Romanos, los Turcos, los Arabes, no fueron hombres de acción? Estos pueblos y en especial los griegos, ¿no han dado grandes hombres de imaginación? ¿Cuál es el pueblo del Norte que ha contado con más grandes filósofos, como los filósofos griegos, y jurisconsultos tan ilustres como los romanos? Realmente, la filosofía, las ideas y las victorias van alternativamente del Mediodía al Norte, y del Norte al Mediodía: los Romanos vencieron en un principio á los bárbaros, y luego fueron vencidos por estos: los Turcos por poco llegan á conquistar la Europa: hoy les vemos acampados en Constantinopla, tan sólo por algunos años.

¿Esta acción del clima, se deja sentir sobre las facultades morales, sobre las pasiones, sobre la conducta? Sin la menor duda. El clima cálido, por ejemplo, adelanta la pubertad, y por consiguiente el desarrollo de las pasiones. «Cada grado de latitud, retarda ó adelanta por más de un mes, la edad en la cual la mujer es púber, según se vaya hacia el Ecuador ó hacia el Polo.» (Quatrefages, *Introd.*, pág. 228.) Las pasiones son más precoces y más vivas en el Mediodía que en el Norte: ¿se sigue de ahí, que en los países del Mediodía, «el físico, tenga tal predominio que la moral nada pueda?» Montesquieu, lo dijo: «En este país, en lugar de preceptos, se necesitan cerrojos.» (Lib. XVI, cap. VIII.) «Acercaos al Mediodía y os parecerá que os alejáis de la moral: las pasiones más ardientes multiplican los crímenes.» (Lib. XVI, cap. II.) Bodin dijo también: «que el pueblo septentrional es el más casto y púdico, y el meridional el más lúbrico... que todo el Africa adoraba á Venus... que Tito Livio, hablando de los Numidios, que eran los más meridionales de todos los súbditos y aliados de los Romanos, pintaba sus costumbres con esta frase: «*Ante omnes Barbaros Numidæ in Venerem effusi.*» (Lib. V, pág. 680.) Mucha verdad hay en las observaciones de Montesquieu y de Bodin, pero creo que han exagerado la influencia del clima, atribuyendo á esta causa,

todos los desórdenes de los pueblos del Mediodía. Con una religión más moral y un gobierno menos despótico, todos los desórdenes de los pueblos del Mediodía hubieran desaparecido. En efecto, la influencia del clima puede ser también combatida con la educación y la religión; que allí donde las mujeres del Asia y del Africa tienen costumbres disolutas, las mujeres europeas se distinguen por la dignidad de su vida: y los religiosos observan el celibato, allí donde los indígenas son polígamos. El mismo Montesquieu reconoce que la religión cristiana «ha llevado al centro del Africa, las costumbres y las leyes de Europa.» (Lib. XXIV, cap. III.) Cualquiera que sea la fuerza del clima, es mayor siempre la fuerza del sentimiento religioso, y los preceptos pueden más que los cerrojos. La religión cristiana permite al hombre dominar sus pasiones, por los temores y esperanzas que le da, por el horror al mal y el amor al bien que le inspira, haciendo vivir al hombre siempre en presencia de Dios. Voltaire ha dicho: «El clima tiene algún poder: el gobierno puede cien veces más, la religión y el gobierno juntos, pueden aun mucho más.»

**DELITOS CONTRA EL PUDOR.**—Si las costumbres de los hombres del Mediodía, fuesen peores que las de los hombres del Norte, contárase un gran número de delitos contra el pudor en el Mediodía de Francia. Pues bien: proporcionalmente á la cifra de población, este número es mucho mayor en el Norte: así resulta, que es de 14 por mil en los habitantes del Norte, y de 10 por mil en los habitantes del Sur. (*Estadística de 1880*, pág. 11.)

Particularmente en Provenza y Córcega, hay muchos menos atentados al pudor que en el Norte. M. Braudillart ha observado que en las Bocas del Ródano, á pesar de que comprende á Marsella, encuéntrase 1 hijo natural entre 14 nacimientos, al paso que los departamentos del Norte y de Calvados, hay 1 hijo natural por cada 10 nacimientos, y añade: «no encontramos más que un nacimiento ilegítimo entre 30, en el departamento del Var, y 1 por 40 en el de los Bajos Alpes. En un cantón de las Bocas del Ródano, Chateaurenard, no se encuentra más que un nacimiento ilegítimo por cada 200 legítimos (1).» El sabio economista entiende que, «el buen humor y el movimiento

(1) *Sesiones y trabajos de la Academia de ciencias morales*, 1891, 181. (Téngase presente que las mujeres de este país son muy hermosas.)

expansivo de estas razas meridionales, les apartan más de las groseras manifestaciones de los sentidos, al paso que la humedad del clima y la languidez del espíritu de ciertas poblaciones del Norte, les hacen más ávidos de diversiones y más propensos al fastidio.» Hay que tener también en cuenta que en la Provenza y en Córcega las muchachas, aun las más pobres, tienen un sentimiento de amor propio, de nobleza, de dignidad, que me parece más desarrollado que en el Norte: la opinión es muy severa para las que se dejan seducir: además, sus hermanos las protegen y vigilan su conducta con el mayor rigor. Por fin; los hábitos de templanza de las poblaciones meridionales contribuyen poderosamente á su moralidad. La experiencia judicial demuestra, que la embriaguez y la corrupción de las costumbres marchan de consuno: la Estadística criminal de 1880, pág. 11, prueba que los departamentos en que se cometen más atentados contra el pudor, son aquellos en que la embriaguez es más común, y estos son los situados al Norte y al Oeste. Como se vé pues, no basta acercarse al Mediodía para apartarse de la moral, puesto que en el Mediodía de Francia, las costumbres son mejores que en el Norte.

Sin embargo, se ha objetado, que aun en Francia el clima ejerce una influencia determinante sobre la criminalidad, puesto que las violaciones y los atentados contra el pudor, son más frecuentes en la primavera y verano, que en otoño é invierno. Es posible que la acción de la primavera y de los fuertes calores, contribuya al aumento de los atentados contra el pudor excitando las pasiones, pero también este aumento puede explicarse, por la circunstancia de que en estas épocas la población se desparrama más por los campos: en invierno, las jóvenes se quedan en la ciudad ó el pueblo, bajo la vigilancia de los padres y los vecinos, mientras que en verano, recorren las campiñas y están más expuestas á las agresiones.

Es cierto, y he visto en el Tribunal de los Assises, algunos asuntos en los cuales, á primera impresión, parece puede creerse que el clima, y la juventud de los acusados han ejercido sobre estos una influencia casi irresistible; que jóvenes, encontrando á una muchacha en un lugar apartado, se arrojan bruscamente sobre ella y sucesiva ó simultáneamente cometen los más groseros ultrajes, pero, en estos casos, raros por cierto, los acusados eran sujetos de malos antecedentes, y además dominados por la influencia del alcohol.

En los suicidios y casos de locura, en los cuales tanto puede el organismo, es notable la influencia de la estación. El número de casos de locura, aumenta progresivamente de enero á junio, y disminuye hasta diciembre: (Dr. Garnier, *La locura en París*, pág. 16) es la acción de la primavera sobre el organismo, que señala esta progresión sanguínea en junio. Recuerdo un hecho interesante que tuvo lugar en un distrito del cual era yo fiscal: un agente de apremios, cada año al empezar la primavera, conociendo que sus facultades mentales se perturbaban se presentaba á pedir su colocación en un asilo, y á los dos ó tres meses salía curado. Respecto á los suicidios, háse observado el mismo movimiento de mayor repetición en invierno hacia la primavera hasta el verano, y la disminución hasta noviembre. (Dr. Socquet, *Anales médico-psicológicos*, enero, 1890, pág. 44.) Según la estadística criminal de 1888, de 8,451 suicidios, 2,595 tuvieron lugar en la primavera, 2,284 en verano, 1,806 en invierno y 1,766 en otoño.

DELITOS CONTRA LAS PERSONAS.—Estos son más frecuentes en el Mediodía que en el Norte: y esto sucede no sólo en Francia sino en Inglaterra. «El Mediodía de Francia es la región que presenta más acusados por delitos contra las personas.» (*Estadística de 1881*, pág. 8.) Los robos, van más acompañados de violencia que en el Norte, y por lo mismo, en este punto, me parece evidente la influencia del clima: los meridionales son por regla general, más violentos, más audaces que los hombres del Norte. Habiendo sido magistrado, sucesivamente en Rouen, en Lión y Aix, he comprobado, que el simple aspecto de las habitaciones ya demuestra esta diferencia de carácter: en Rouen y Lión, cuyos climas son tan análogos, no se ve ninguna reja de hierro en las ventanas de la planta baja: en Aix y en Marsella estas ventanas están cuidadosamente protegidas contra las agresiones nocturnas, por barras de hierro.

¿Debe deducirse que el temperamento de los meridionales, recibe del clima tal influente violencia que les haga criminales? En modo alguno; pero el clima imprime una forma especial á la criminalidad: el hombre que se convierte en criminal por la influencia de esta ó aquella pasión, adopta según su carácter, esta ó aquella forma de delito. Así el italiano, que quiera robar, no dejará de emplear la fractura, la violencia y el escalamiento, mientras que el normando, preferirá emplear

un medio de apropiación fraudulento. Lo mismo sucede en la locura: las formas de la enagenación varían según los países.

Esta influencia real y positiva del clima en la criminalidad, no debe sin embargo exagerarse: así, sucede, que en el Noroeste y Noroeste, y en particular en las comarcas de Nancy y Rennes, se cometen tantos delitos contra las personas como en el Mediodía. (*Estadística de 1881*, VIII.)

Ordinariamente, el mismo vicio y la misma virtud se encontrarán en pueblos pertenecientes á razas distintas. Sabido es, que la inclinación á la mentira, á la astucia, á la rufianería estaba demostrada en la antigüedad, como defectos de los pueblos que habitan las orillas del Mediterráneo. La *fides punica*, la astucia cartaginesa ha quedado como célebre: los Eolicos pasaban por muy astutos y los Cretenses por muy embusteros (1), así se decía, *græcia mendax*. Hoy mismo, los italianos no profesan un gran culto á la verdad: los que hemos juzgado en la Provenza, jamás confiesan, ni aun cuando son detenidos en flagrante delito. ¿Creérase que esta tendencia á faltar á la verdad, no se encuentra tanto á las orillas del Elba y del Támesis, como en las del Tiber y del Arno? ¿No vemos en Francia el espíritu de malicia tan acentuado en el astuto gascón, como en el astuto normando? La Fontaine los medía con igual razón, cuando decía:

*Cierta zorra gascona, que otros llaman normanda;*

Para demostrar la influencia determinante del clima en la criminalidad, hay la costumbre de citar la Córcega, donde es tan notable el número de homicidios voluntarios. A mi entender, este ejemplo no es concluyente: la causa de estos numerosos asesinatos y homicidios cometidos en Córcega, es más bien una causa social, histórica, que climatológica. Mientras los corsos estuvieron sujetos á la dominación griega, llegaron á ser el blanco de las vejaciones de una administración brutal; no pudiendo obtener justicia de parte de sus opresores, tomaron la costumbre de vengarse, y hacerse la justicia por sí mismos. La pasión de la venganza, la *vendetta*, no es única-

(1) San Pablo había observado ya esta inclinación tan acentuada de los Cretenses, á la mentira. Refiere que de estos se decía: «Los Cretenses son siempre mentirosos: son malas bestias que sólo les gusta comer y no hacer nada.» San Pablo añade: «Esto es verdad.» (*Epístola á Tito*, v. 12 y 13.)

mente un deseo *animal* de represalias, es la forma violenta de la justicia, de la legítima defensa. M. Dupin, había observado ya, que en los corsos «el ardor de la venganza, nacia de la sed de justicia (1).» Las rivalidades que existen entre las principales familias de la isla, las luchas políticas, el uso de armas, la desconfianza respecto á la administración, que no siempre ha sabido permanecer independiente é imparcial, son las verdaderas causas, y no el calor del clima, de los numerosos homicidios voluntarios allí cometidos (2). Las causas de la frecuencia de asesinatos, son tan sociales, que las mismas costumbres se encuentran entre los habitantes del llano que los de las montañas, así en las orillas del mar, donde el clima es suave, como en el interior, donde el clima es áspero.

El falso testimonio, es también muy frecuente en Córcega: ¿se dirá también es efecto del calor del clima? Sin duda alguna, hay que buscar la causa, en la violencia de las luchas políticas, y en las rivalidades de las familias.

Si el clima hubiese formado el carácter corso, éste hubiera sido siempre el mismo: ahora bien: los corsos, habían antes sido reputados como muy amables y pacíficos: «Los corsos, dice Diodoro de Sicilia, viven entre sí pacíficamente y observan la justicia, más que ninguna otra nación bárbara... En todas las relaciones de la vida, profesan un respeto admirable por la justicia.» (Lib. V, 14.)

Si se prohibía el uso de armas, si se restableciese en los espíritus la fe en la justicia, sustituyendo los empleados indígenas por empleados del continente, si la administración fuese enérgica, independiente, imparcial, los corsos no se harían tanto la justicia por sí mismos, y no tardaría en disminuir la criminalidad. Esta convicción que he formado, en las conversaciones de muchos de mis colegas que son corsos, es la de todos los que han vivido y servido en aquel país (3).

(1) M. Troplong ha hecho igual observación. (*Sesiones y trabajos de la Academia de ciencias morales*. Noviembre y diciembre, 1848, pág. 385.)

(2) En 1848, M. Arrighi, señalaba ya, la mala elección de los empleados administrativos, y el excesivo abuso de las influencias políticas. (*Ibid.*)

(3) Sería también necesario modificar el art. 458 del Código penal para reprimir los numerosos incendios que se cometen en Córcega por malquerencia. Siendo difícil, casi imposible, la prueba de esta, la justicia persigue entonces el incendio por descuido, por imprudencia: por otra parte, la pena de este delito, es solo una multa tan ridícula, que equivale á la impunidad.

EMBRIAGUEZ.—El clima del Mediodía, inclina menos á la embriaguez que el del Norte. «La embriaguez se encuentra extendida por todas partes, en la proporción de la humedad y el mayor ó menor frío del clima.» (*Espíritu de las leyes*, lib. XIV, cap. XVIII.) Tácito había observado ya, que para los hombres del Norte «no era vergonzoso á sus ojos, el pasar el día y la noche enteros bebiendo.» (*Costumbres de los Germanos*, página 22) y que su bebida favorita, fuese entonces como ahora la cerveza. (Párr. 23).

En Francia, se observan más casos de embriaguez en el Noroeste que en el Mediodía: 650, por 100.000 habitantes en el Sena Inferior; 616 en Finisterre, mientras que solo asciende á 25 ó 30, en los Pirineos orientales, Ariège, Ger, Tarn, Landes y Vaucluse. ¿Debe decirse que la embriaguez es una consecuencia fatal de los países húmedos y fríos, y la templanza un efecto necesario del clima cálido? En modo alguno. Hay países fríos y húmedos que tienen pocos borrachos, y países cálidos que tienen muchos: así en Cotes-du-Nord, en Ille-et-Villaine, en la Mancha, solo hay 133, 134 y 130 condenas por embriaguez. Así pues, aunque el clima frío y húmedo predisponga á la embriaguez, esta tendencia no es fatal.

En los países del Mediodía la templanza es notable, pero no siempre ha sido así: era un proverbio romano «*Bebe como un Griego*,» que tuvo tanto éxito como el proverbio moderno «*Bebe como un Polaco*.» Sabido es que los Griegos adoraban á Baco y celebraban con fervor su culto, como lo es que los Romanos que en un principio eran muy sobrios, más tarde se entregaron á los excesos de la mesa y la bebida como los pueblos del Norte.

Si en los pueblos del Mediodía la embriaguez ha hecho pocos progresos, es porque los legisladores la han reprimido. Sabido es por ejemplo, que Mahoma prohíbe á los musulmanes el uso del vino. En la antigüedad, entre los Cartagineses el uso del vino era prohibido para todos los que llevaban armas, para los magistrados durante el año que ejercían el cargo, y á todos los que debían tomar parte de una discusión en una asamblea. La misma prohibición existía para todos, de beber durante el día, «sino era en caso de enfermedad, ó para reparar las fuerzas, ó á los casados durante la noche (1).» (Pla-

(1) Platón que traslada esta ley de los Cartagineses estaba tan impreso  
DELITO Y PENA 14

tón, *Las Leyes*, lib. II.) Según Aristóteles, Pitaco, había dictado una ley muy severa contra la embriaguez, (*Política*, tomo II, cap. IX, párr. 9): y sin embargo la antigüedad no conoció el alcohol (1).

INSTITUCIONES.—También se ha querido hacer depender del clima, las instituciones. Montesquieu pretendió que la libertad era en cierto modo un producto de los climas del Norte: sin embargo la libertad reinó en Atenas y en Roma, y no ha podido subsistir en Rusia. Hoy, Inglaterra é Italia, que viven bajo climas diferentes, tienen á corta diferencia el mismo régimen parlamentario, y Suecia y Rusia, sitos en el mismo clima del Norte, tienen gobiernos muy distintos. ¿No vemos que una misma nación pasa del despotismo á la libertad, y de la libertad al despotismo? Así pues, el gobierno de un país depende menos del clima que de su situación geográfica, de su extensión, de sus costumbres, de su historia, de su religión, de su grado de instrucción. Los antiguos, que no desconocían la acción del clima, se guardaron muy bien de extenderla á todas las cosas, y de afirmar que no puede ser combatida por la voluntad humana y por las influencias sociales. Cicerón decía: «La naturaleza de los lugares, tiene cierta influencia, que es sin duda alguna limitada... de ello se ven algunos resultados, pero no se extiende á todas las cosas humanas.» (*Del Destino*, párr. 4.) Hipócrates, después de haber reconocido la influencia del medio ambiente físico, se apresuró á añadir, que las instituciones contribuyen poderosamente á modificarla.

ALIMENTACIÓN.—Algunos criminalistas no contentos con la influencia del clima en la moralidad y la criminalidad, la atribuyen también á los alimentos. Sin duda, que los alimentos y las bebidas ejercen una notable acción en el temperamento, la salud y el carácter, y los antiguos, ya que siempre hay que recordarlos, no lo desconocían. Según Plutarco, Licurgo queriendo demostrar esta influencia por un ejemplo, hizo una experiencia con perros, como podría hacerlo un fisiólogo moderno: tomó dos perros jóvenes, nacidos de los mismos padres y les alimentó de un modo tan distinto, que el uno resultó glo-

sionado por el peligro que el vino podía hacer pasar á sus compatriotas que aconsejaba no se plantaran de viña, sino pequeñas partes de terreno.

(1) La antigüedad no conocía sino el vino: el aguardiente fué destilado por la vez primera en el siglo XIV.

tón y goloso y el otro á propósito para la caza. ¿Quién se atrevería hoy á negar la acción del café, y á dudar que los excelentes vinos recolectados en Francia son completamente extraños á la jovialidad del carácter francés? ¿Es una temeridad el pensar que los escritores alemanes serían más claros en su estilo, si no hiciesen un uso inmoderado del tabaco y la cerveza? Los antiguos creían tanto, en que el uso del vino era necesario al poeta, que repetían el proverbio *non est dithyrambus, si aquam bibat*, convicción de que han participado algunos poetas modernos, como que les ha inspirado muchos versos en favor de Baco y la diosa botella.

En el siglo XVIII, un escritor poco conocido, el abate Perretty, puso de relieve la influencia de los alimentos y las bebidas en el carácter y el espíritu: según algunos escritores contemporáneos, esta influencia del vino va tan allá, como que depende de ella tanto la salud del espíritu como la del cuerpo. El estómago, según los alimentos que recibe, produce el vicio ó la virtud: años atrás, ¿quién hubiera soñado siquiera en atribuir á la digestión una influencia tan poderosa sobre la moralidad (1)?

Es cierto que Platón y Plutarco, reconocían la influencia de los alimentos sobre las inclinaciones morales. Así dice Platón: «Los alimentos no sólo influyen en el cuerpo para fortificarlo ó debilitarlo, sino que también puede producir iguales efectos en el alma.» (*Las leyes*, V.) Plutarco añade: «Para engendrar la virtud en el corazón de los hombres, tienen poderosa influencia la alimentación, el hábito y la disciplina.» (*Como conviene alimentar á los niños*.) En esta medida la observación es exacta: los muchachos mal alimentados, les falta sangre, les falta energía y aplicación para el trabajo: un maestro de una comarca pobre me decía, que los niños de su escuela eran tontos, porque sólo comían patatas (2). La energía de la voluntad

(1) Un escritor citado por C. Comte, ha pretendido que los crímenes de la Revolución, fueron cometidos por desgraciados que no tenían la costumbre de tomar café. (*Tratado de Legislación*, t. II, pág. 264.) El autor no se contenta con decir, que se hubieran cometido menos crímenes si se hubiese bebido menos alcohol y más café, sino que supone que el uso del café, evita los delitos. Cosa digna de notarse: los escritores que atribuyen á las bebidas y á los alimentos una influencia moralizadora, la niegan en general, á los sentimientos religiosos.

(2) Según Spencer, desde mucho tiempo está demostrado que la marina

aumenta ó disminuye con una buena ó mala alimentación, y como la virtud no se alcanza sin esfuerzo, sin energía, de ahí que puede afirmarse que la alimentación influye en ella.

Pero ¿no es una verdadera paradoja escribir: Dime lo que comes, y te diré si eres honrado ó criminal? «El hombre, escribe Feuerbach, es lo que come.» El Dr. Lombroso, dice: «otra causa común de la inclinación al mal en el hombre y en las bestias, es el uso de la carne.» (*El Hombre criminal*, pág. 23.) Esta idea la había ya anunciado La Mettrie, pues dijo: «La carne cruda hace feroces á los animales, y los hombres lo serían, con igual alimentación. Esto es tan cierto, que la nación inglesa, que no come la carne tan cocida como nosotros, sino roja y sanguinolenta, parece participar de esta ferocidad mayor ó menor, que en parte proviene de estos alimentos.» (*El Hombre máquina*, pág. 27.) La Mettrie, no hace dimanar la ferocidad, sino de la crudeza ó cocción imperfecta de la carne: si los ingleses, (que según él son feroces) hiciesen cocer más la carne, su carácter se convertiría en más suave. Pero M. Lombroso, no hace distinción alguna entre la carne sanguinolenta y la carne bien cocida: el sólo uso de la carne, lleva consigo la inclinación al delito. Como este uso tiende á generalizarse también en Francia, debemos esperar que nos volveremos tan feroces como los ingleses. En otro tiempo en Provenza, se comía tan poca carne, que ciudades de 8 y 10,000 habitantes no tenían sino un sólo carnicero, mientras que hoy en pequeñas poblaciones hay tres ó cuatro. ¿Estamos destinados á ver el carácter provenzal, transformarse por este mayor consumo de carne? Me tranquiliza, al ver que los Arabes, los españoles y los napolitanos, que comen más higos, más naranjas y más legumbres que los ingleses, cometen sin embargo más homicidios que estos; se me contestará, y es cierto, con la mansedumbre del Indio, que se alimenta de frutos y legumbres, pero yo creo que debe atribuirse á su religión, que le prohíbe sacrificar á los animales.

En resumen: los escritores que evidencian la influencia del clima y de los alimentos, están en lo cierto: pero caen en exageraciones paradójicas, cuando olvidan que esta influencia

---

inglesa, cuyo personal se alimenta con mucha carne, es más activa que las marinas continentales, cuyas tripulaciones están alimentadas con harinas. (*La educación*, pág. 253.)

está contrarestanda por las creencias religiosas, las instituciones, los ejemplos, la educación, y sobre todo por la voluntad del hombre. Montesquieu, que tanto había insistido en la influencia del clima, no dejó de consignar: «Muchas cosas gobiernan á los hombres; el clima, la religión, las leyes, las máximas de buen gobierno, los ejemplos de las cosas pasadas, las costumbres y las maneras de obrar.» (*Espíritu de las leyes*, l. XIX, cap. iv.)